

PLATICA III.

DE LA DISPOSICION CON QUE SE DEBEN RECIBIR LOS SACRAMENTOS,
Y EXORTACION Á SU FRECUENCIA.

A 5 de Julio de 1694.

SI á mí me preguntaran cuál es la cosa mas fácil del mundo, sin mas detencion dijera que el recibir un beneficio; y tanto mas fácil, quanto el beneficio es mayor. Pues siendo así, ¿cómo cualquiera no conoce las dádivas y los beneficios de Dios? ¿En qué nos han desmerecido para que no queramos recibirlos? Entre los hombres vemos que para dár ellos es cuando se ponen excusas y se alegan dificultades; mas que para recibir se aleguen embarazos, y aun se finjan imposibles, solo con los dónes de Dios nos sucede. ¡Oh, qué competencia de la una parte tan benigna! y ¡oh, qué porfía de la otra parte tan ingrata! Asombra solo el decirlo. ¿Pues qué será el hacerlo? No cabe en el entendimiento tan del todo ruin ingratitud. Mejor diré, no cabe en la mas irracional y tosca brutalidad.

Acude un perro al pan que le ofrecen; se mueve lo tardo de un jumento á la yerva que le proponen; ¿y no se mueve el hombre á todo el Cielo que Dios le franquea? ¿Qué es esto, naturaleza humana, que no admities subir á ser poco menor que los ángeles, por ser aun menos que los brutos? ¿Quién ofrecerá al enfermo la salud, que no la admita? ¿Quién al pobre el socorro, que por no recibirlo se enoje? ¿Quién al afligido el consuelo, que se niegue? ¿Quién al cautivo la libertad, que la rehuse? ¿Quién al mercader la ganancia, que la deje? ¿Y quién al ambicioso la honra, que la repugne? ¿Y quién á todos el beneficio, la comodidad y el gusto, que lo aborrezcan todos al punto? Pues si todo eso, é infinito mas, es lo que Dios nos está ofreciendo en sus Sacramentos, si así lo conocemos y así lo confesamos, ¿por qué tantas excusas se alegan por dilatarlos? ¿Por qué tantos imposibles se fingen por no recibirlos? ¿Desmerecen los favores de Dios por ser tan fáciles? Eso alienta mas al corazon á buscarlos. ¿Pierden por ser tan seguros? Eso mueve mas la voluntad á conseguirlos. ¿No valen porque son inmensos? Eso excita mas toda la codicia á atesorarlos. ¿Pues en qué están las excusas para recibirlos con frecuencia en los santos Sacramentos?—¡Oh! me dirán: en que es menester disponernos bien para recibirlos con fruto. *¿Es necesario, nos dice el Catecismo, es necesario recibir los Santos Sacramentos con buena disposicion?* R. *Sí; porque sin ella no se recibirá la gracia.*—Es así no hay duda; ¿pero cuál es esa buena disposicion? ¿en qué están esas dificultades? Estos serán los dos puntos de esta Doctrina. ¡Oh, si á desterrar de vuestro engaño esas dificultades antojadizas acertara hoy mi lengua! ¡Oh, si á introducir en vuestros

corazones la gran facilidad de esta buena disposicion, fuera persuasiva mi voz, para que con la frecuencia de estas fuentes divinas de la gloria, no cesáramos de acaudalar bienes que no se han de acabar, tesoros que han de ser eternos!

No pidiera mucho quien repartiendo hoy trigo, ó maíz, con generosidad á los pobres á su voluntad, no les pidiera mas sino que ellos trajesen de sus casas las medidas grandes ó pequeñas, como quisieran; pero con tal que las habian de traer vacías para podérselas llenar. ¿Qué pobre se quejara de esta condicion? ¿A quién le parecería difícil? Pues eso es lo que Dios nos pide en la disposicion á los Sacramentos, que traigamos nosotros las medidas. ¿Y qué medidas? ¡Oh. Dios! *Dilata os tuum, et implebo illud.* Todas las medidas del corazon; ¡oh, qué grandes! pero sin que las embarace la culpa: vengan vacías si han de ir llenas. No llene la culpa el corazon para que lo llene la gracia; y siendo así, abre la boca hombre, extiende cuanto alcanzan los deseos, dilata hasta donde mas pueden tus ansias; y esta será la medida de lo que ganes á pedir de boca, á medida del deseo. ¡Oh, Dios amoroso! ¡Oh, Dios grande! ¿qué es lo que nos pides? ¿Y qué es lo que nos das? ¿No pides medida á nuestro deseo de lo que nos has de dar? Pues eso, ¿quién no vé que es darnos mas en lo mismo que nos pides?

Dióle Alejandro á un soldado suyo, por no sé qué hazaña, una ciudad en premio; y él encogido al oírlo: Señor, eso es mucho para mí.—Quita, replicó Alejandro, que no atiendo yo en lo que doy á lo que tú eres, sino á lo que yo soy. Tú te apocas como un particular, yo doy como Alejandro. *Non quaero, quid te accipere deceat, sed quid me da-*

re. (Sen. l. 2. de Ben. c. 16.) Arrogancia presumida y loca, que no lo es en Dios verdad suma. ¿Qué te encoges alma? ¿qué te apocas? ¿qué te retiras, que no se mide la grandeza de Dios por tus poquedades para darte, no ciudades de tierra, sino reinos de gloria? Alto, pues, entremos por verdades de fé para sacar conclusiones de desengaño, en materia de suma importancia, de tan infinito logro como la frecuencia de los santos Sacramentos.

Asenté ya como verdad católica y de fé, que los santos Sacramentos, cuanto es de su parte, siempre, siempre con infalible certidumbre dán á quien los recibe la gracia, si no hallan en el alma estorvo; de modo, que si es ministro legítimo el que los confiere, y teniendo la debida intencion aplica tambien la debida materia y forma, aunque sea tan malo como Judas, aunque esté en pecado mortal, aunque sea un herege, no deja por eso el que recibe el Sacramento, de recibir la gracia; porque es el mismo Dios el que la dá y la produce, y solo es su instrumento el ministro que lo hace; no él por sí, sino en nombre y persona de Dios.

No está el nacer la planta en que la siembre esta mano ó aquella: *Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat,* nos dice el apóstol; sino en que Dios, que es el dueño, la fecunde, la produzca y la vivifique: *Sed qui incrementum dat Deus.* Ahora pues, de parte de Dios tenemos del todo infalible, cierta y segura la gracia en los Sacramentos; es de fé. De parte del ministro, en lo que pudiera haber algun temor, es de fé tambien que su indignidad y sus culpas no nos estorvan el recibir en los Sacramentos la gracia. ¿Qué es pues lo que nos resta? Que no haya en el alma estorvo.—¡Oh, padre! ese es el punto, que hay tantos estorvos,

que esos son los que nos retiran de recibir esta infinita dicha que tenemos en los Sacramentos.— ¿Tantos estorvos? ¿cuáles son, que no los veo? ¿dónde están, que no los hallo? ¡Oh, almas engañadas! atendedme.

¿Cuál debe ser la disposicion cabal y necesaria para que recibamos dignamente los Sacramentos, y que por consiguiente no deje estorvo en el alma para recibir en ellos la gracia? Miren que respondo á tan grave pregunta, no con ponderaciones ni exageraciones, sino Doctrina Cristiana, verdades puras y firmes, asentados y ciertos dogmas. Cier- to es que en los niños, en los que no tienen uso de razon, cuando reciben el Bautismo, ninguna disposicion han menester de su parte, porque toda la suple la intencion y fé de la Santa Iglesia. Hablemos pues, de los ya crecidos con uso de razon; y distingamos porque los Sacramentos no corren cuanto á la disposicion iguales con los demas. Estos dos son, el Bautismo y el Sacramento de la Penitencia, que miran á quitar el pecado y dár la gracia, y que por eso estos dos se llaman Sacramentos de muertos, porque hallándonos muertos por la culpa, nos dán la vida de la gracia. En estos dos la debida disposicion es, lo primero la intencion de recibirlos, eso es en todos los Sacramentos necesario; tener fé y esperanza de lograr en ellos la gracia, y luego dolerse de todos los pecados con atricion. ¿No es obligatoria aquí la contricion, el dolor del todo perfecto? No, que se pudiera decir que es difícil; que estoy en duda de si la tengo; que no sé si es verdadera contricion ó no. Pues no, porque ni temores queden, ni dudas afligan, ni escrúpulos inquieten, basta dolerse de los pecados por su propia fealdad, aborrecerlos por su horrible fie-

reza para no hacerlos mas, ó por temor del infierno que por ellos nos espera; esto es Atricion. Esto es en ambos Sacramentos, Bautismo y Penitencia; pero ademas en el Sacramento de la Penitencia, confesarlos todos sin callar de propósito y con malicia algun pecado mortal. ¿Y esa es toda la disposicion? Toda. Y hecho eso ¿no habrá estorvo ninguno para recibir la gracia? Ninguno. ¿Pues dónde están ahora esos vuestros estorvos? Tener intencion, tener fé, tener esperaza, ¿dónde está aquí el estorvo para un Cristiano? ¿Aborrecer la culpa? La misma razon, su fealdad misma y sus daños lo persuaden. ¿Temer el infierno? ¿Mas qué bestia será quien no lo tema? Confesar las culpas con tan sumo secreto que es como si no se hubieran dicho, para quedar sin mas costa del todo sano, limpio, hijo de Dios y heredero de la gloria, dueño del cielo, consorte de los Angeles? ¿Qué facilidad es esta tan admirable para conseguir una dicha, una riqueza y una honra que es inmensa? Señor: aunque te pidiera Eliseo, le decian á Naaman lleno de lepra sus criados, aunque te mandara que hicieras un medicamento terrible de gran dolor y molestia, ¿no lo harias por quedar sano? ¿Pues cuánto mejor una cosa tan fácil? Que te bañes dice y no mas, y quedarás limpio. Esto bastó para que aquel se convenciera. ¿Pues qué largas son esas, qué dilaciones para confesarte? Un remedio tan fácil para un mal infinito: ¿qué dificultades puedes poner si no eres peor que un demonio?.

Llegóse á confesar con un cura, refiere Cesario, un mancebo de gentil disposicion; fué confesando tantas, tan fieras, tan enormes culpas, que ya enfadado el cura: Hombre, le dijo, aunque hubieras

vivido mil años, era poco tiempo para lo que confiesas. Respondió él, mas de mil años tengo. —¿Mas de mil años? ¿Pues quién eres?—Soy el demonio.—¿Tú, y confesarte? ¿De cuándo acá? ¿Qué te ha movido?—Yo lo diré: Estaba yo allí viendo los que llegaban á confesar; veíalos al llegar tan abominables y tan feos como yo me veo; pero al levantarse de tus pies ya iban tan hermosos, tan lindos, que me llegué aquí cerca por oír lo que decían y lo que tú les decías, que era prometerles la remision de todos sus pecados; y así, por ver si me sucede lo mismo he llegado y he dicho yo tambien parte de mis pecados, y los confesaré todos si quieres oírme.—Aguarda, desventurado, dí no mas esto: Creador mio, pequé contra Tí, me pesa de ello, perdóname.—Eso no diré yo.—Pues anda perro. Y tú hombre, y tú muger, mira si me respondes esto mismo, si eres peor que el demonio, pues ves con la Fé esta dicha, y siendo tan fácil dilatas ó huyes de este Sacramento. ¿En qué pones la dificultad, si no la pones en lo que la puso el demonio?

Y ya, ¿cuál es la disposicion que basta para los otros cinco Sacramentos? Llámense Sacramentos de vivos, porque hallándonos vivos por la gracia, nos la aumentan; pues ya con esto he respondido. Toda la disposicion á que nos obligan, es á tener intencion de recibirlos, Fé y Esperanza de conseguir la gracia, y á que estemos en gracia para recibirlos; que esté el alma sin conciencia de pecado mortal; ¿y no mas? ¿No es mas la obligacion: de modo, (dejando ahora los otros Sacramentos) de modo, que para recibir dignamente el Santísimo Sacramento del Altar, para que aumente en el alma la gracia, basta solo haberse antes confesado

bien quien se hallaba en pecado mortal? Basta. —¿Y si el pecado mortal no se halla en el alma, no hay otro estorvo para la gracia?—No hay otro. ¿Pues dónde están, almas escrupulosas, todos esos vuestros estorvos?—¡Oh, que la pureza que pide tan alto Sacramento!—Eso es consejo para que en todo la procureis; no es obligacion, que no pudieran cumplirla ni los Angeles, si hubiera de ser la pureza á proporcion de lo que allí se recibe.—¡Oh, que la atencion, el cuidado sumo, el respeto, la reverencia que se debe á un Dios Sacramentado!—Todo eso es muy justo que lo tengais en lo posible, que lo soliciteis con todo vuestro cuidado; pero no es de precepto para que os turbe, que aun no pudieran ejecutarlo cabalmente ni aun los serafines. ¿Alma, conoces en tí pecado mortal? No: pues nada te estorva.—¡Oh, que tengo tanta tibieza, tan poco fervor, tan helado el corazon que no se alienta á un acto siquiera de amor de Dios, como yo quisiera! y en fin, tan poca devocion, mejor es no comulgar.—¡Oh, qué engaño tan pernicioso, en que tanto pierdes tú, y tan pesada burla logra de tí el demonio! ¿Quién te ha dicho que porque no tengas ese fervor sensible, esa ternura ó esas lágrimas que deseas, que por eso no sacas de la Comunión un fruto de valor infinito? Nada de eso te estorva el recibir la gracia. *Cuando tú, le dijo el Señor á la V. Baptista de Verona, cuando tú con fervor, ternura y lágrimas estás en mi presencia, aunque me pagas algo; pero con ese mismo consuelo que recibes, llevas otra nueva deuda; mas cuando sin devocion sensible, seca y tibia, con todo eso me buscas, entonces sí que me pagas mejor lo que me debes.* (Lancis *Opusc. de ariditate.*) No pende, almas, la gracia del Sacramento, de tener ó no te-

ner esas ternuras, esas lágrimas, esos fervores. ¿Te hallas tibia? Pues dile al Eterno Padre lo que en esas ocasiones le decía el Serafín San Francisco: *Señor, tu Hijo viene á mí, y yo no sé qué le he de decir; dile Tú, te lo ruego, dile Tú allá todo cuanto yo debia decirle, que yo solo respondo con todo mi corazón: Amén.* ¿Te hallas sin fervor? pues oye y ejecuta lo que le dijo el Señor á Santa Metildis: *Cuando has de recibir la Sagrada Comunión, desea á honra de mi nombre tener todo el deseo y amor con que ardió algun tiempo para conmigo el mas encendido corazón, y así puedes llegarle á Mí, que yo recibiré aquel amor conforme lo desees tener.*

—Ya, pero si á la tibieza se me juntan batallas de pensamientos, tentaciones, inquietudes, tanto alboroto, ¿cómo he de comulgar?—Por eso mismo ahora es cuando estás mejor dispuesta, ó por combatida para buscar las armas, ó por enferma para procurar el remedio, ó por apeligrada para que Dios te dé la mano, ó por acrisolada para mas agradar á Dios con tu combatida pureza. De estas tentaciones padecia gravísimas contra la Fé al llegarse á comulgar, Santa Catarina de Bolonia; y díjola el Señor alentándola: *Hija, mayor mérito logra el alma que sufriendo y resistiendo esos combates me recibe, que si me recibiera con mucha quietud, suavidad y dulzura.* ¿Qué mas claro?—Ya lo veo; pero son muchas mis imperfecciones, y aunque no siento culpa mortal, pero muchas veniales sí; y ya el pensamiento distraído á los cuidados, al marido y á los hijos, no me dejan tener tan quieta la atención—Aun todavía vuelvo á decir que nada de eso es estorvo que te impida el recibir en el Sacramento la gracia. (D. Th. 4. p. q. 79. art. 9.

Suar. et commun.) Llega, llega que te busca Dios, que Dios te llama, que Dios te convida, y cierra los oídos á los silbos engañosos del infierno, á dichos necios de brutos, y á indignos respetos del mundo.

Tal dia como este, Doña Ana Ponce de Leon, condesa de Feria, señora aun mas esclarecida por su gran virtud que por su heroica sangre, refiere nuestro Martin de Roa en su vida, estaba en la tribuna de su palacio, que caía á la Iglesia de Santa Clara, viendo pasar la procesion del Santísimo Sacramento; no atenta á la vana curiosidad, sino arrebatada toda en fervores de devocion, (era en extremo amantísima de este soberano Misterio) llegó la custodia, y fijando ella los ojos en la Hostia consagrada, y la fé toda en el divino Señor que venía en ella, oyó que desde allí la decía su Magestad estas palabras: *Con mi Cuerpo y Sangre te he sustentado la vida del alma, y con eso te he mantenido como á los héticos con sustancias; ábreme tu corazón, que quiero entrarme á descansar en él.* Atónita quedó la condesa á palabras tan dulces, y vió luego que venia nuestra Vida Cristo hácia su alma como saltando montes y salvando collados: *Saliens in montibus, transiliens colles;* sintióse al punto llena de una inexplicable dulzura. Así lo dijo ella á su confesor el maestro Juan de Avila, preguntándole, qué quería significarle el Señor con aquel modo de venir saltando; y respondióle el apostólico varon: eso es salvar el Señor tus culpas y disimular tus imperfecciones para llegar á unirse con tu alma: eso es querer que lo recibas con frecuencia. ¡Oh, si de este modo hubieran visto muchos la procesion! Mas ya que no la han visto así, á todos nos dice nuestro Dios esto mismo: alma, deja tus excusas, admite mis favores, quiero unir-

me con tigo en mis Sacramentos, nada hay que lo estorve si tú me quieres: ¿No hay riqueza en Galaad? ¿No hay médicos del alma en la confesion? ¿Pues cómo tantas heridas sin remedio? ¿Cómo tantas llagas sin vendas? ¿No están prontos mi cuerpo, mi Sangre y mi Divinidad? ¿Pues por qué se me retiran las almas cuando yo les ofrezco quitarles sus miserias por darles mis riquezas, quitarles su muerte por darles mi vida, quitarles sus pecados por darles mi gracia, y quitarles todas sus desdichas por darles las felicidades de mi gloria? *Ad quam, etc.*

DEL SANTO SACRAMENTO DEL BAUTISMO.

PLATICA IV.

DE LA DIGNIDAD, UNIDAD Y NECESIDAD DEL BAUTISMO.

A 19 de Junio de 1692.

DE tantos como viven engañados con su sombra, ¿cuántos estuvieran mejor dignamente pagados de su mayor hermosura? Dicha sería grande que se hubiera quedado solo aquel tan nombrado Narciso allá en las risas de las fábulas, y que no viéramos tantos Narcisos engañados mas torpemente aun entre las verdades mas puras. Murióse aquel, decian, de ver en una fuente retratada su hermosura. En otra fuente quisiera yo que cada uno de los cristianos, para lograr su vida atendiera retratada su belleza, que si fué digna de risa aquella necedad, aun en la ficcion mentirosa de los poetas, ¿cuánto será mas digna de llanto, cuando la